



“Verofilia”, en la entraña de la *universitas*. Consideraciones en torno a la misión educativa de la universidad hoy

Andrés Argüello Parra¹

*“No abandones nunca el amor y la verdad;
Llévalos contigo como un collar.
Grábatelos en la mente”.*
Proverbios 3, 3.

No son pocas las reflexiones que, en los últimos tiempos, se han generado en torno a la razón de ser de la Universidad, a su naturaleza y destino. Quienes con tesitura pedagógica nos hemos aplicado a la docencia universitaria notamos con preocupación que desde su núcleo mismo existe una amalgama de contrariedades que, de la mano del pensar filosófico, han de ser escudriñadas para la optimización de las instituciones y sus procesos y, por ende, de las personas que participan en ellos.

Se trata de un tema tan escabroso como fundamental. Por lo mismo, a riesgo de un tratamiento simple del asunto ante la condición abstractiva y genérica de un artículo breve, sólo trato aquí la tendencia general de la cuestión, es decir, el problema desde una mirada global. Serían necesarios esquemas de investigación para tratar casos particulares y aportar una mirada más rigurosa del asunto.

¹ Licenciado en Ciencias de la Educación. Rector del Colegio Jordán de Sajonia (Bogotá). Miembro de la Asociación Española de Personalismo. (Ver más en nuestro link de Autores).

La consideración inicial y descriptiva sobre la misión formativa de la Universidad hoy, se aborda aquí desde dos criterios, uno de tinte “estructural” y otro, derivado del anterior, que puede llamarse “mediacional”, ambos relacionados y no exclusivos frente a otras posibilidades en el tratamiento del tema. Para comenzar, en torno al criterio estructural, es preciso señalar que la invasión al sistema escolar de las políticas neoliberales centradas en el mercado (aún de talentos) y la producción de capital financiero, consideradas como pautas cuasi-exclusivas del desarrollo, socavan la “cosa misma” de la educación, aquella encumbrada inspiración que el concepto formativo nahuatl expresa como “dar un rostro y un corazón”.

Nuestras sociedades latinoamericanas asisten a una nueva forma de hegemonía ideocultural quizás ya no fundada exclusivamente en el positivismo empírico de otrora sino en la estandarización de cierto modelo de mundo único constituido sobre los principios de la libre economía de mercados y la post-industrialización con sus respectivos engendros para la vida social y cultural, entre los que se destaca la primacía del tener, la sujeción de costumbres al paradigma dominante, la reformulación ambivalente de fines o prioridades ante la vida, la tendiente disolución de la diversidad cultural y entre otras múltiples manifestaciones.

A partir de aquí se puede notar cómo parte de estos efectos camuflados en los procesos administrativos de la escuela terminan no sólo afectando, sino colonizando o acaso sustituyendo la acción académica y formativa, base de la misión universitaria. En efecto, la situación dominante en ciertos escenarios de la educación superior es aquella instalada en los modelos de acreditación de alta calidad según estándares y normativas internacionales así como en las directrices de sus representantes y organismos patrocinadores, vorágine que desplaza en no pocas ocasiones, las tareas propias de la intelectualidad y la investigación inherentes a su Alma Máter.

Otro hecho que expresa la imperancia de este modelo unilineal de transformación social en los constructos pedagógicos, es la intervención sesgada en las modificaciones de planes de estudio y otros elementos del currículo, llevada a cabo tanto por las políticas gubernamentales como por la administración privada de los centros que paulatinamente ha dado defunción al pensamiento pedagógico en aras de la eternización de un administracionismo irreflexivo.

De aquí resultan múltiples las implicaciones que pueden apreciarse en situaciones escolares como la penumbra de la enseñanza de las humanidades, el utilitarismo de las materias, la fosilización de los educadores en esquemas pedagógicos tradicionalistas per se, las pretensiones de una educación "light" de mínimos esfuerzos y máximos provechos, etc.

El segundo componente en esta descripción problemática de la Universitas actual, que hemos llamado criterio "mediacional", se relaciona con el modo como los gestores del conocimiento, principalmente los educadores, desenvuelven su "cátedra" y demás escenarios pedagógicos dentro de la Universidad. Ciertamente no es un asunto que surja desvertebrado del criterio estructural sino en consecuencia de aquél; tampoco es un tema que pueda referirse a la mera apreciación crítica sobre elementos aislados del currículo, como la didáctica o la evaluación (motivo suficiente para otros desarrollos). Se trata, más bien, de reflexionar sobre el tipo de ejercicio intelectual y formativo que se realiza al dirigir una clase, al presidir una Facultad o dependencia o al gobernar toda una Institución en sus ramas académicas y operativas. Por esto, decimos "mediacional", porque se entiende que la acción del recurso humano universitario jalona el cumplimiento de unas finalidades determinadas... aquellas que han sido elegidas.

En este sentido, puede decirse que la Universidad anticipa aquel modo de vida pública que ejercerán los individuos y por el cual cualificarán o depravarán las posibilidades de una sociedad más justa y razonable, que por lo mismo, habitable. No obstante es inquietante

asumir sin más que la Institución educativa reproduce los esquemas de gestión y los estilos de vida que dominan en la sociedad pretendiendo explicar con ello las intromisiones de la burocracia, la tramitomanía, la trivialidad e incluso la corrupción. Empero ¿no ha de ser la Universidad la Institución por excelencia que se organiza críticamente y que sugiere una manera singularmente "pensada" de estar en la sociedad a la cual sirve?

La cuestión es que estos procesos que parecen formar parte sólo de la esfera 'burocrática' de las universidades terminan involucrando los modos de gestión del conocimiento y, en consecuencia, el tipo de conciencia científica y social que se transpira en los centros de estudio.

No es asunto de agregar una cátedra más a las carreras profesionales, llámese "ciudadanía", "valores" o cualquier denominación similar. No es preparar un compartimento sino provocar una existencia donde se perciban interacciones impregnadas por la reflexividad y la imaginación crítica, en suma, donde se vislumbre la organización propia de una comunidad dedicada a las tareas del pensamiento y no sólo al lucro o la estéril defensa del interés privado.

De manera especial, la dirección académica realizada a través de la clase o de las dependencias que la regentan exige cuidadosa consideración. No se puede declinar en el combate a la debilidad mental que parece dominar las esferas de la vida ordinaria. Por ello, el examen, la crítica y el juicio deben dirigir la misión de los intelectuales favoreciendo la promoción de hábitos que cultiven el espíritu racional entre los más jóvenes.

Ante una situación dada en la Universidad, es indebida, entonces, la parcialización de conceptos en los académicos por salvaguarda de los intereses particulares relacionados o no con la adscripción a las ideologías de izquierda o de derecha -ambas igualmente perniciosas- que no dejan de filtrarse en los centros de estudio. Los atributos del intelectual deben ser sosteni-

dos en toda situación sin sacrificarlos para quedar bien o simplemente por eludir la batalla al análisis de situaciones que mira un mismo problema por todos sus lados al tiempo que concede pero también cede razonablemente cuando el examen y las valoraciones de los hechos así lo indican. Así, la obligación epistemológica de construir conocimiento extiende su *modus operandi* a una cierta manera de entender y asumir la vida cotidiana ya no fundada en el obtuso conformismo corriente que acepta lo dado porque todos lo aceptan o porque muchos lo dicen.

Una alternativa que puede derivarse ante esta suerte de problemática “mediacional” es la necesidad de provocar la pasión por los esquivos bienes de la cultura en todas las áreas de formación, sin olvidar aquellas carreras de orientación técnica-tecnológica. La posible liberación de los nuevos fetichismos asociados a los referentes contemporáneos que hemos llamado “estructurales”, comienza por la amplitud de perspectivas que puedan favorecerse en otros, a lo cual coadyuvan como herramientas formativas las distintas expresiones del arte, las letras y el razonamiento filosófico.

La cuestión es si los “trabajadores culturales”² en general y, los maestros en particular, cuentan con las motivaciones y el interés para ubicarse convencidamente en este modo de dirigir su área, en este estilo de personalidad universitaria que puede contribuir a un ejercicio más integrado de las profesiones.

Ahora bien, las problemáticas que se han

2 Para el estudio del concepto “trabajadores culturales” puede verse, por ejemplo, Giroux, Henry: *Cruzando límites: trabajadores culturales y políticas educativas*. Barcelona, Paidós, 1997. Este autor ha realizado diversas consideraciones sobre el tema partiendo de las relaciones entre pedagogía, política y estudios culturales en atención al inevitable enraizamiento que supone la producción del conocimiento en el compromiso y la transformación.

mencionado someramente no son sólo dificultades exclusivas de la Universidad, pues también se hallan en las distintas etapas de la educación formal previa las que preparan o impulsan cuanto luego es vivido en la formación profesional. Sin embargo, por tratarse de la instancia que prepara directamente al mundo del trabajo y a la responsabilidad social más inmediata, la preocupación reviste aquí un significado especial. Por ello es conveniente sugerir algunas reflexiones complementarias ante las disyuntivas que se han expuesto.

La Universidad es un mundo que constantemente se interroga. Algunas veces con un admirable ejercicio de conjunción entre el acento libertario de las ideas y las manifestaciones en el orden de lo público. Otras veces con sesgo, manipulación y violencia hasta el punto de travestir al universitario en un vándalo. A propósito del primer caso, en el mes de mayo del presente 2008 se han cumplido cuatro décadas del inusitado acontecimiento histórico movido particularmente desde las entrañas universitarias en las metrópolis del mundo: el memorable “mayo del 68”. Las movilizaciones de ese entonces surgían en la dinámica de naciones que habiendo asumido los caminos del desarrollo, mantenían cierta insuficiencia en su conciencia de ser y en sus raíces de autenticidad.

En esta línea reflexiva, Octavio Paz, uno de los más célebres analistas del fenómeno latinoamericano, con la calidad de su pluma literaria, comenta:

“¿Podremos nosotros inventar modelos más humanos y que correspondan a lo que somos? (...) Desde el llamado modernismo de siglo, en estas tierras nuestras hostiles al pensamiento han brotado, aquí y allá, dispersos pero sin interrupción, poetas y prosistas y pintores que son los pares de los mejores en otras partes del mundo. Y ahora, ¿seremos al fin capaces de pensar por nuestra cuenta? ¿Podremos concebir un modelo de desarrollo que sea nuestra versión de la modernidad? ¿Proyectar una sociedad que no esté fundada en la dominación de los otros y que no termine ni en los helados paraísos policíacos del Este ni en las explosiones

de náuseas y odio que interrumpen el festín del Oeste?"³

Tendríamos entonces que preguntarnos por una vía realizable que permita afrontar las propias "insuficiencias de ser" perceptibles al interior de los esquemas de la educación, y que el mismo autor continúa describiendo: "El progreso ha poblado la historia de las maravillas y los monstruos de la técnica pero ha deshabitado la vida de los hombres. Nos ha dado más cosas, no más ser (...) La definición del hombre como un ser que trabaja debe cambiarse por la del hombre como un ser que desea"⁴.

El planteamiento es coyuntural. Hoy más que nunca se han de recuperar los fundamentos de una auténtica formación total de la persona, no al modo de la "educación integral" pregonada por gobiernos o "autoridades" imberbes en materia pedagógica sino partiendo de aquella renovada genialidad de los académicos que piensan la educación desde dentro como problema.

Sucede que los acercamientos de la Universidad a las acciones netamente productivas o laborales si bien cumplen con una función importante de la educación superior que es preparar la fuerza de trabajo de una nación, descuidan otras tareas no menos vitales como la responsabilidad por los asuntos comunes, la formación continuada del carácter y la "cultura de la cultura", esencial para no dejarse atrapar por el mecanicismo del mercado o la inercia de las costumbres, según fue insinuado anteriormente. Lo decía Savater: "Ya va dando la impresión de que las carreras universitarias se configuran cada vez más para satisfacer las necesidades episódicas del mercado empresarial"⁵. De hecho, en nuestros contextos no es oculto

cómo muchos comprenden la educación superior como un simple mecanismo de supervivencia en una jungla de apariencias.

También Cortina lo señala: "acabamos limitando la escuela y la Universidad a preparar presuntamente para lo urgente, no para lo importante, para desempeñar tareas y no para asumir con agallas la vida personal y compartida"⁶.

Podemos pensar, entonces, en la hora de la reconstrucción universitaria de la "educación integral" desgastada en su nominación y uso, precisamente por desarticulada y por estar siendo reducida con incoherencia a etiqueta de ofertas educativas que no afectan las prácticas reales.

De este modo, un desafío crucial para la bina planeación-acción en la educación universitaria es el empeño por superar las fragmentaciones que se derivan de las visiones polarizadas sobre los fenómenos sociales con innegable repercusión en los fines históricos que pretende conseguir. Es decir, apostar por la integración de los ejes constitutivos de la formación humana como una alternativa a las pedagogías sesgadas por las crisis "estructurales" o "mediáticas", en el sentido que aquí ha sido explicado.

Para permitir la ponderación armónica de los fines últimos de la formación conviene retornar la mirada de uno de los clásicos de la pedagogía, H. Pestalozzi, quien en su famosa tríada fisiológica expresa el ideal paidocéntrico a través de las representaciones de la cabeza, la mano y el corazón: La cabeza como pensamiento, la mano como trabajo y desarrollo de habilidades prácticas y el corazón, como convivialidad con los semejantes.

El pensador suizo creía que en estas tres perspectivas sobre el mismo misterio humano

3 Paz, Octavio: *Posdata*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 237 s.

4 Ibid, p. 244.

5 Savater, Fernando: *Estudiantes en vela*. Columna publicada en Diario El País (Madrid), 6 de mayo de 2008, p. 35.

6 Cortina, Adela: *La educación como problema*. Columna publicada en Diario El País (Madrid), 28 de mayo de 2008, p. 29.

podrían compendiarse los esfuerzos por la dilucidación de la teleología pedagógica mostrando que en el equilibrio de tales dimensiones se concentra el “desarrollo de la fuerza autonómica”, que encamina a la persona hacia un cualificado modo de ser y hacia el desenvolvimiento de su personalidad, en su calidad de hombre.

Resulta pertinente tomar la integración de estos componentes como una vía de afrontamiento al problema de los sesgos en la orientación educativa lo cual exige la vigilancia de la comunidad académica comprometida con la realización y plenificación de lo humano, como tareas inherentes de una pedagogía de irrecusable actualidad.

Formar el surgir de habilidades representadas en la cabeza, expresa para nosotros hoy el exigente itinerario hacia el desarrollo de las operaciones del pensar, en sus múltiples formas de razonamiento, dirigidas por la reflexión y el buen juicio. En este apartado se pueden ubicar las reivindicaciones por una educación científica que, de modo singular para los países en vías de desarrollo, se convierte en una ocasión para el progreso social. La educación científica crea, además, una disciplina de pensamiento, fundamental para el análisis, la crítica y la “lectura desde dentro”, que favorece una mejor comprensión de la cotidianidad y sus fenómenos.

Ahora bien, quizás como el elemento que aparece con más claridad en nuestros cuadros universitarios, se encuentran las habilidades representadas en la mano que aluden al dominio de la naturaleza y la formación para el trabajo, que terminan siendo la obra que el individuo realiza de sí mismo. No hace falta sobreabundar en este aspecto pues, como se ha dicho, aquí se contienen las tareas educativas, que parecen más apreciables hoy, las cuales permiten a la persona ser económicamente productiva a partir de la aplicación de unos saberes determinados (competencia instrumental: saber-hacer). Este aspecto refleja también

aquella clásica función que se ha asignado a la educación en cuanto institución social, a saber, la preparación para el mundo laboral y la asimilación de roles en la cultura que puede incluir un sentido de transformación del medio por la ejecución de prácticas específicas.

La tríada pestalozziana se completa con las habilidades representadas en el corazón. Una mirada actual de este aspecto nos lleva a la consideración de la formación de las emociones, intra e interpersonales, así como de las competencias asociadas a patrones éticos como la justicia social, la convivencia ciudadana y la conciencia de interculturalidad. Un campo que más o menos se acepta en el orden de la discursividad pero que como opción formativa explícita se suele disuadir.

Empero, como también se indicó, estos tres aspectos que expresan la misión formativa de Pestalozzi y que se han expuesto aquí superficialmente, no pueden quedarse como elementos aislados en la riqueza que cada cual contiene pues para que constituyan una alternativa a la dispersión de énfasis en la Universidad deben asumirse desde el sinuoso esfuerzo del equilibrio y la conservación del mismo.

Es aquí, donde a modo de colofón del presente escrito, surge lo que podemos identificar como *verofilia* (*verus*, del latín, verdadero; *φιλία*, del griego, afecto, inclinación apasionada hacia algo) una idea vinculante que contribuye a la generación equilibrada de dilucidaciones y ejercitaciones pedagógicas. En efecto, el neologismo que podemos expresar como *fruición por la verdad* ofrece una posibilidad de armonización ante la tendencia a la dispersión que podría acontecer por el privilegio de algún elemento de las orientaciones educativas frente a otro igualmente relevante.

Así, el cultivo de la fruición por la verdad es un camino esencial en el que los educadores han de afianzarse para la integración de la

educación científica (pensamiento analítico), la educación práctica (trabajo y creación de bienes culturales) y la educación vital-ciudadana (convivencia desde la justicia), las tres ideas síntesis de la finalidad educativa en Pestalozzi.

Para la Universidad y, en extensión para otras etapas educativas, la verofilia es una opción por la comprensión de la persona como fenómeno humano, una suerte de plataforma desde donde son leídas las demás situaciones de cara a la realidad constitutiva que representa ese ser humano en su contexto, tanto geofísico como mental. Es decir, este sentido de verdad no se asume para este caso como problematización del conocimiento (epistemología) o correspondencias preposicionales (lógica) o desde otras variantes específicas de la filosofía. Cuando se dice verofilia, fruición por la verdad, se entiende como opción fundamental por el proyecto humano (como decir, fruición por la verdad de lo humano) y, por lo mismo, procura una racionalidad personalista-comunitaria que entiende lo múltiple como convergencia de posibilidades para un mejor estado de humanidad, justicia y sensibilización por las causas comunes.

La vigencia de la idea se sostiene precisamente porque la comprensión pedagógica de la Universidad, como se ha dicho, no siempre gestiona sus planes de acción teniendo como eje fundante el misterio de la persona, lo cual repercute -como lo estamos viendo- en perfiles profesionales desasistidos de intelectualidad real con su consecuente desconocimiento de las perspectivas globales de la sociedad ante los problemas más acuciantes del ámbito mundial. En efecto, un profesional que sólo posea la especialidad de su campo de acción, aún con toda la excelencia atribuible a un necesario desempeño, es un individuo que no podrá aplicarse al ejercicio pleno de la función social de la educación no tanto por ausencia de voluntad como por carencia de recursos formativos.

De esta manera, no intentar el equilibrio de la fruición por la verdad en la revisión

constante de la teleología pedagógica universitaria es abocar la realidad de los nuevos profesionales a una desventurada sujeción a los esquemas hegemónicos de transmisión cultural, hecho que terminará reduciendo el papel de la educación superior a la inercia acomodaticia sin permitir la recreación de las comunidades humanas y de los saberes que en ellas se forjan. Aunque no hay fórmulas para hacerlo sí hay criterios, y el primero de ellos es superar el reduccionismo que está llevando a gestionar los problemas pedagógicos de las escuelas como problemas administrativos de empresas de producción o manufactura. Es misión de los pensadores de la educación, los leales verófilos, dar respuesta a esta esperanza.